

“indiada” peruana se dé entre Sendero Luminoso -mesiánico y totalitario- y las bondades de la libre empresa.

El despiadado verismo de Vargas Llosa -muy próximo al reportaje periodístico- y las vicisitudes de su relación con la tía Julia, caracterizan otras paradojas. La oposición entre economía abierta y Estado patrimonialista es muy similar a la de la literatura telúrica y el escritor universal, en la que se debatieron la mayoría de los escritores latinoamericanos, que sin duda estimularon el charme del latin american look, posibilitando la internacionalización de los más importantes hombres de letras del continente. Fenómeno editorial y de crítica del que el mismo Vargas Llosa fue beneficiario.

El valor testimonial y el diagnóstico descarnado de la realidad peruana es el mérito de esta novela-memoria escrita con el asombroso oficio al que ya nos tiene acostumbrados, pero han aparecido ya muchos trabajos anteriores y podrían considerarse uno de los hilos conductores de su literatura. El racismo y la polarización de clases son el telón de fondo donde se muevan todos los personajes llosianos y las preocupaciones y sentimientos de culpa por las injusticias (que incluso conducen a Arguedas -el prototipo de los escritores telúricos contemporáneos- al suicidio), torturan la existencia de muchos peruanos de clase media radiografiados y deconstruidos en la mayoría de sus novelas. Así, el taciturno y nihilista Alejandro Mayta se siente obligado a tomar las armas como única vía para cambiar una realidad que le agobia y posiblemente sea el móvil de muchos de los terroristas de Sendero Luminoso.

Sin duda una de las grandes obras de Vargas Llosa que nos acerca al entorno íntimo de sus fantasmas y dudas juveniles. Descubre y confirma su vocación democrática y la preocupación por su Perú natal, aunque sus enemigos -los políticos profesionales, los oportunistas, los advenedizos y los bribones-, enfermos del mal nacional peruano, lo llamen apóstata y traidor.

RESEÑAS

EL EXILIO, UN RELATO DE FAMILIA

Nora Pérez Rayón

Tello Díaz, Carlos, *El exilio, un relato de familia*, Ed. Cal y Arena, 1993, México. 479 pp.¹

Hay todos los caminos para hacer historia, y Tello Díaz emprende uno por demás sugerente: la historia como la novela de la vida. Más precisamente, de las vidas entrecruzadas de dos familias: la de Porfirio Díaz y la de Joaquín Casasús, quienes durante cerca de cincuenta años fueron personajes de primer nivel, en el proceso de modernización económica y política de México.

Apoyada y sustentada en ricas y diversas fuentes primarias, sobre todo diarios y memorias personales poco conocidas, muchas de ellas inéditas, el autor da una visión de la historia del país, que abarca desde las últimas décadas del siglo XIX hasta la cuarta década del siglo XX, vinculándola con los principales acontecimientos que se suceden en Europa y en los Estados Unidos.

Las vidas de los Díaz y los Casasús se develan en apartados periódicos: Porfirio Díaz: 1911-1915; Madeleine Tellier: 1911-1915; Joaquín D. Casasús: 1911-1915; Ignacio de la Torre y Mier: 1911-1915; la familia Casasús: 1916-1920; la familia Díaz: 1916-1920; la familia Casasús: 1921-1925; la familia Díaz: 1921-1925; la familia Casasús: 1926-1930; la familia Díaz: 1926-1930; la familia Díaz Casasús: 1931-1935, y por último el retorno del exilio: 1936. No obstante, la trama transcurre en un ir y venir de tiempos y espacios, y la lectura nos enseña tanto del mundo prerrevolucionario como las décadas que los siguieron...

El introducir la vida cotidiana, las relaciones sentimentales, el amor, la amistad, las ilusiones, los desengaños, las alegrías, las tristezas, la soledad como elementos sustanciales para entender a los personajes y su mundo, nos ilumina a su vez procesos históricos más complejos. En este sentido una obra como la de Tello Díaz alimenta tanto la historia de la vida privada, de las mentalidades o de la cultura, como la sociología de lo cotidiano.

La visión que nos deja el libro sobre el general Porfirio Díaz en el exilio, no es la de un hombre senil y acabado. Se trata de un hombre que, con más

de 80 años, emprende un viaje de placer a Egipto por casi dos meses, pasea en burro en el Valle de los Reyes, se retrata con la Esfinge, baja a las cataratas de Assuan... y va constantemente de un lugar a otro de Europa acompañado de su familia y amistades cercanas. Ello permite suponer, por tanto, que hasta los últimos días en que estuvo al frente del gobierno de México, don Porfirio estaba todavía en amplio uso de sus facultades. Si bien éstas habrían merchado relativamente al paso de los años, y la influencia de grupos como el de los *científicos* fue cada vez mayor en la determinación de la política del país, todavía era él una piedra eje del sistema político que construyó.

El autor, descendiente directo tanto de don Porfirio, por su abuelo y padre, como de Joaquín Casasús por vía materna, cuenta la historia de su propia familia. Sin pretender una objetividad de corte positivista o una actitud de juez, nos devela la complejidad y potencialidad de las redes familiares para crear sus mundos, influir en los de los demás y defenderse de la adversidad.

A lo largo del exilio, el general Porfirio Díaz, su tatarabuelo, aprendió a vivir con dos sentimientos encontrados: uno de culpa por la situación en su país y otro de desconsuelo por lo que consideraba la ingratitud de sus conciudadanos.

Don Porfirio se humaniza. A pesar de lo reservado que fue siempre para su vida sentimental y privada, sus relaciones con el sexo femenino se develan en el texto de Tello: sus primeros amores con una soldadera, Justina Saavedra, mujer con la que compartió las penas y las glorias de la guerra de Intervención, así como su relación con "la mujer de Tlalpan"; con ambas tuvo hijos. Su amor por Delfina Sánchez, su sobrina y primera esposa ("en los años de su matrimonio... el cariño que le tuvo fue velado casi siempre por su pasión por el poder, tal vez la única que conoció de verdad a lo largo de su vida") y la importancia de su relación con Carmelita Romero Rubio, quien según parece

no sólo le facilitó la conciliación con grupos privilegiados clericales y conservadores, sino que le brindó una relación de estabilidad emocional y respeto, a pesar de la gran diferencia de edades.

Se constatan en la obra algunos rasgos de la relación Iglesia-Estado, que han sido característicos no sólo de políticos porfiristas, sino también de un buen número de políticos postrevolucionarios... Fue precisamente Díaz, liberal y masón, quien favoreció el establecimiento en México del famoso colegio de monjas francesas para señoritas El Sagrado Corazón, con la condición de que admitieran a sus dos hijas como alumnas allá por 1880.

Por cierto, una de ellas, Amada, era hija natural del general. Amada fue plenamente aceptada por la sociedad porfirista, tan llena de prejuicios moralistas y conservadores, lo que evidencia una vez más lo que pueden el poder y la riqueza.

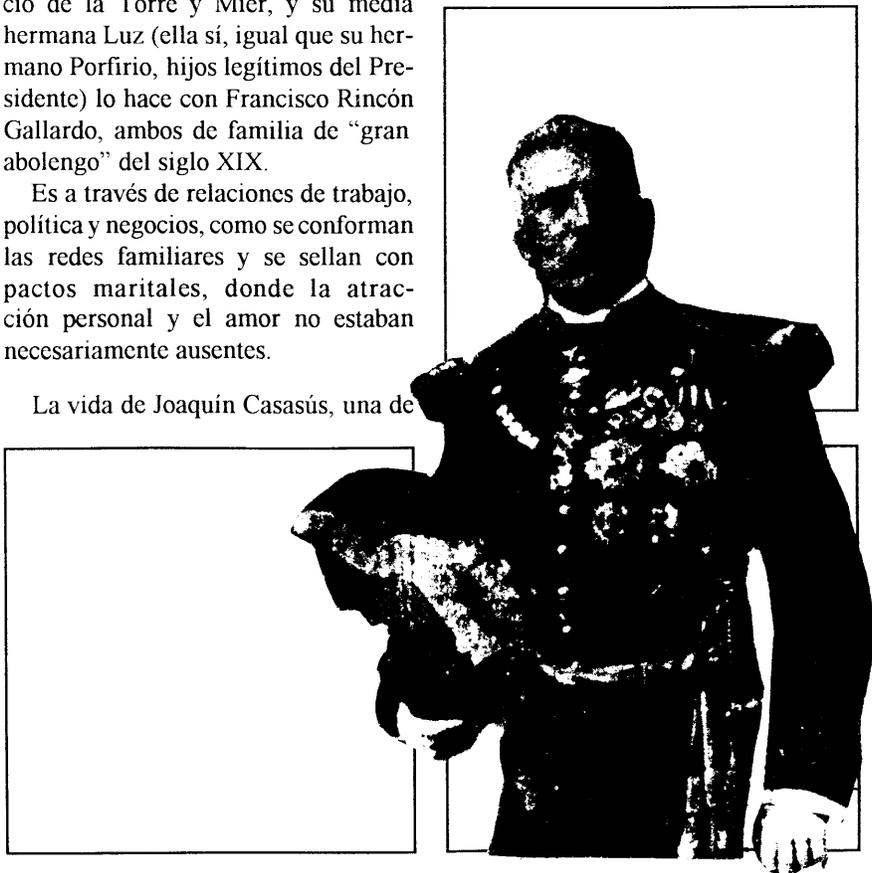
La importancia del matrimonio como vía de ascenso social se muestra primordial: Amada contrae nupcias con Ignacio de la Torre y Mier, y su media hermana Luz (ella sí, igual que su hermano Porfirio, hijos legítimos del Presidente) lo hace con Francisco Rincón Gallardo, ambos de familia de "gran abolengo" del siglo XIX.

Es a través de relaciones de trabajo, política y negocios, como se conforman las redes familiares y se sellan con pactos maritales, donde la atracción personal y el amor no estaban necesariamente ausentes.

La vida de Joaquín Casasús, una de

las prominentes cabezas del grupo de los *científicos*, se inicia en Yucatán: de orígenes modestos llega a acumular una gran fortuna en famoso despacho de abogados... Señala Tello Díaz que su bufete atrajo una clientela rica, de nuevos ricos para más precisión, los que provenían de la naciente industria, el comercio, los ferrocarriles y los bancos.

La influencia la tuvieron... mexicanos, a veces con nombres extranjeros, que Molina Enriquez conoció bajo su tipología como criollos liberales: los Barrón, los Creel, los Limantour, los Montes, los Sherer, los Casasús, los Braniff, los Castelló. Eran, en efecto, nuevos ricos, como los llamó Palavicini. Muchos nacieron en el seno de familias sin recursos... Todos ellos pasaron por las oficinas del bufete de Casasús. Con los años, por añadidura, su bufete tuvo como clientes a muchos de los extranjeros que explotaron la riqueza del país... La Secretaría de Hacienda... contrató muchas veces sus servicios para formular las leyes que rigieron... las instituciones de crédito...



Don Joaquín, personaje brillante y amante de la cultura, se relaciona estrechamente con el mundo intelectual. Admirador y amigo de Ignacio Manuel Altamirano termina casándose con su hija Catalina; su hija Margarita se casaría años después con Manuel Sierra, el hijo de don Justo. Don Joaquín Casasús fue uno de los más prominentes miembros del grupo de los *científicos*, quienes a la postre cargaron con las responsabilidades históricas y culpas más graves que se imputaron al porfiriato.

También aparece por ahí Horacio Casasús, hijo de don Joaquín, júnior, frívolo, quien como otros vástagos de familias mexicanas enriquecidas se educaban en Europa, disfrutaban “la belle époque” parisina, y que aún después de la Revolución gozaron de la bonanza en el exilio, durante muchos años.

El matrimonio de Horacio con la bella francesa Madeleine Tellier, permite al lector entrar en contacto con interesantes personajes de la vida política e intelectual europea, que tenía como eje la Ciudad Luz de la preguerra, así como atisbar la Primera Guerra Mundial y la postguerra, desde la perspectiva de estos extranjeros pudientes, primero turistas o avecindados voluntarios, y después exiliados.

La Revolución fue generosa con los porfiristas y no sólo durante la fase maderista. El libro constata una vez más la estrecha relación en términos sociales entre los regímenes porfiristas y maderista, si se lee la reseña de la boda Casasús-Sierra, lo cual no invalida las diferencias en cuanto a sus respectivos proyectos políticos, pero sí evidencia sus limitaciones.

Muchos de los miembros de la élite política y económica del porfiriato pudieron continuar llevando por dos décadas una vida de rentistas ociosos en Europa, codiciando con la aristocracia y viviendo de sus rentas, gracias a la recuperación de haciendas desde los tiempos carrancistas, por bonanzas de la minería, o por acciones en compañías petroleras, pero generalmente no gracias a su espíritu frugal y de trabajo,

desde luego con excepciones. Señala el autor de *El exilio*, que Nueva York fue como París, una de las ciudades que más desterrados acogió durante la Revolución, con la diferencia de que los que podían vivir sin trabajar estaban en París, mientras que los que tenían que trabajar para poder vivir estaban en Nueva York.

La Revolución altera fundamentalmente los patrones de acumulación económica de la mayor parte de la élite porfirista mexicana, la cual tiene que adecuarse al nuevo orden económico; algunos lo logran, se integran y se asocian con la nueva burguesía revolucionaria, otros no, y a corto o mediano plazo descienden en la escala socioeconómica, como a la postre sucede en las familias Díaz y Casasús.

La élite porfirista perdió el poder político; nuevos actores, principalmente de sectores medios rurales y urbanos accedieron a posiciones de poder, aun cuando en lo individual y en determinadas regiones, se pueda constatar la continuidad de la vieja clase política.

La Revolución mexicana provocó cambios fundamentales en el terreno de la mentalidad y la cultura. Estos procesos siempre son los más lentos. La élite porfirista en general luchó desesperadamente por aferrarse a su mundo, a su visión y valores, pero no era éste un grupo compacto y monolítico, no lo fue en su época de esplendor, y tampoco lo fue en el exilio. De ahí que en los años que siguieron a la Revolución encontramos entre los miembros de esa oligarquía diversas actitudes en las que

conviven, por una parte, tendencias proclives a conservar sus rasgos “aristocratizantes” y cosmopolitas. Por ejemplo en la década de los 30, y ante el creciente deterioro económico de los Casasús, comenta el autor:

La situación que los abrumaba, en realidad, era absurda. En México no tenían dinero para pagar la comida, la luz o la colegiatura, pero conservaban en París su departamento de lujo... Jamás les pasó por la cabeza vender sus joyas, sus automóviles, sus terrenos, sus jacas de polo, sus muebles de marquetería, o bien siquiera sus acciones en el Country Club de Churubusco.

Pero también hay actitudes portadoras de tradiciones y valores familiares, religiosos, que conservan sobre todo los viejos en el exilio. Así se señala como:

Doña Catalina (Casasús) no dejó nunca de ser una mujer profundamente mexicana. En París extrañaba la pasta de frijol negro de Tixtla, el jocoque, los bizcochos de piloncillo que merendaba por las noches con un sorbo de café de Huatusco. A sus hijos, en México, les pedía que le mandaran los discos más recientes de Guty Cárdenas...

Luisa Raigosa, la nuera de don Porfirio, intenta infructuosamente cultivar chiles serranos y cuaresmeños en las tierras del castillo de Moulins, en Francia, donde vive algunos años del exilio la familia de Porfirio Díaz Sánchez, el hijo del viejo dictador.

Otros miembros de la élite que se quedaron en el extranjero regresaron pronto a México, y pronto recuperaron



haciendas, aprovecharon las nuevas oportunidades económicas y políticas, e incluso colaboraron con los gobiernos postrevolucionarios como el caso de Ignacio de la Torre y Formento, muy amigo de los Casasús y sobrino del yerno de Díaz. Algunas haciendas se conservaban maravillosamente bien, por lo menos antes del cardenismo, y ello ocurría en el mismo Morelos, cuna de la lucha campesina. Nos cuenta Tello que:

Las haciendas habían dejado de pertenecer a los hacendados para pasar a manos de los zapatistas, y después habían pasado de manos de los zapatistas a manos de los oficiales que rodeaban a Pablo González. Don Pablo, sin embargo, tan despreciable, acabó marginado del poder al llegar el fin del gobierno de Carranza. Fue entonces cuando los familiares de Nacho (Ignacio de la Torre y Mier), junto con otros hacendados más, presionaron en la capital para que les fueran devueltas sus propiedades en Morelos. Al golpear a González, pronto contaron también con el apoyo del general Obregón. En atención a sus instrucciones..., el gobernador del estado... anunció... un periodo de tres meses para que los hacendados tuvieran oportunidad de reclamar sus derechos a las propiedades que perdieron con la Revolución. Así..., recuperaron por fin las tierras de San Carlos Borromeo.

Un caso similar fue el de Diego Redo de la Vega, uno de los condados porfiristas que resultó beneficiado por la Revolución, por su amistosa relación con los caudillos de Sonora. Recupera su hacienda ingenio azucarero de El Dorado en Sinaloa.

Un aspecto que se desprende de la vida cotidiana de los personajes del libro es el grave problema que constituía la salud, aun para los miembros de la élite; el valor que daban a las aguas termales como medio de curación y desde luego a los médicos europeos. El conocimiento de la vida femenina de aquellos tiempos, en donde la tradición y la religión eran determinantes en la conducta de la mayoría. (Amada Díaz, al tanto de la homosexualidad y los escándalos de su marido, le guarda respeto, fidelidad y atenciones en la adversidad cuando, como prisionero de los zapatistas, vive todo un calvario).

La aportación que el análisis de la fotografía puede proporcionar a la investigación ha sido reconocida tanto por historiadores como Ruggiero Romano, como por sociólogos como Pierre Bordieu. El libro incluye una serie de fotografías, un álbum de familia, que hablan por sí mismas, pero que además se acompañan de una o varias frases a pie de foto que las enriquecen.

Hoy en día está de moda recuperar el porfirismo, tan condenado y vilipendiado en otros momentos, y hacer comparaciones entre los *científicos* y tecnócratas de entonces, y de ahora, a plantear similitudes entre la política de conciliación y el acercamiento actual Iglesia-Estado... entre otros puntos de comparación. La historia es un útil marco de referencia y fuente de reflexión y aprendizaje, pero cabe recordar que la historia no se repite. Para no caer en burdas comparaciones el mejor antídoto es conocer a profundidad los elementos sujetos de la comparación.

Cualquier hombre, se explica por sus circunstancias, entender su mundo implica conocer y entender al ser humano y sus núcleos familiares, su mentalidad y su cultura, sus amores y sus pasiones, así como sus acciones y comportamientos. El autor Tello Díaz muestra, en su libro, el mundo porfirista, y a los privilegiados de la fortuna, con el espíritu de conocer y comprender a los seres humanos que lo conformaron.

Sin embargo, Tello Díaz parece demasiado condescendiente con el nivel meramente informativo y descriptivo; se extraña un cierto análisis crítico que potencialice aún más la capacidad de ese cuantioso material tan bien presentado y sugerente, si además de leerse como una interesante y muy amena obra narrativa, se lee como lo que es también, una fuente histórica que hace aportes novedosos y significativos a la historiografía del porfirismo.

Y más aún, esta obra muestra una manera particular de hacer literatura e historia de calidad, para un público que rebasa en mucho al gremio universitario, y ese es un mérito.²

NOTAS:

¹ Carlos Tello Díaz estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Oxford en Inglaterra. Autor, también, de *Apuntes de un brigadista*, y colaborador de la revista *Nexos*.

² Un libro de más de 400 páginas, que se terminó de imprimir en junio de 1993 (una edición de 2,150 ejemplares) y que para fines de septiembre está agotado en muchas librerías, en un país con índices tan bajos de lectura como el nuestro, es un dato elocuente.

